

*Alberto
Vázquez-Figueroa*

CARIBES
Cienfuegos II



En el otoño de 1493, un terrible huracán arrasó Haití, devastando el Fuerte de natividad y dejando a su paso una trágica estela de muerte y destrucción. Por su parte, los feroces guerreros del sanguinario cacique Canoabó se encargaron de rematar y asesinar a los pocos españoles que habían conseguido sobrevivir a las fuerzas desatadas de la naturaleza. El canario Cienfuegos se convirtió en el único superviviente europeo en el Nuevo Mundo, y tuvo miedo...

Segunda entrega de esta célebre saga, *Caribes* continúa las apasionantes aventuras de su protagonista en un mundo hostil y desconocido.

«Hur-a-can», «El Espíritu del Mal» en lengua vernácula, arrasó en el otoño de 1493 la isla de Haití, dejando a su paso una trágica estela de muerte y destrucción que los feroces guerreros del sanguinario cacique Canobó se encargaron de rematar asesinando a los pocos españoles que habían conseguido sobrevivir a las desatadas fuerzas de la Naturaleza, en el interior del maltrecho y desguarnecido «Fuerte de La Natividad».

Por fortuna, los barbilampiños indígenas haitianos nunca habían sabido contar más que hasta diez, más allá de lo cual todo eran muchos, y no se sentían tampoco capaces de diferenciar un barbudo rostro de cadáver extranjero de otro barbudo rostro de cadáver extranjero, por lo cual nunca consiguieron caer en la cuenta de que no habían logrado acabar con todos sus enemigos.

Drogado por la fiel y silenciosa Sinalinga, el canario *Cienfuegos* había permanecido completamente ajeno al terrible cúmulo de desgraciados acontecimientos que habían tenido lugar a no más de una legua de la cabaña en cuyo sótano la nativa lo mantenía oculto contra su voluntad, y cuando una semana más tarde comenzó a tomar conciencia de que se hallaba aún en el mundo de los vivos y su espectacular viaje a los infiernos se debía tan sólo a los efectos de una excesiva cantidad de hongos alucinógenos, fue para advertir en primer lugar cómo una criatura recién nacida berreaba junto a su hamaca.

Sinalinga había dado a luz al primer miembro de una nueva raza al día siguiente del aniquilamiento del primer enclave europeo en el «Nuevo Mundo», y como suele ocu-

rrirle a la inmensa mayoría de las mujeres, el recién nacido pasó de inmediato a convertirse en el objetivo principal de sus atenciones, aunque no por ello dejase de sentirse directamente responsable de la seguridad del padre de su hijo.

—Tus amigos han muerto —señaló secamente en cuanto comprendió que el gomero se encontraba en condiciones de entenderle y razonar—. Y aunque los hombres de Canoabó han vuelto ya a sus tierras, aquí corres peligro.

El muchacho pareció aceptar resignadamente el hecho de que al fin se hubiera consumado una masacre que llevaba meses gestándose, lo cual no significó, sin embargo, que no se sintiera profundamente apenado por el espantoso fin de «maese» Benito de Toledo, el viejo *Virutas*, el agresivo *Caragato*, e incluso el estúpido y engolado gobernador Arana, ya que la inmensa mayoría de ellos se habían convertido en el transcurso de aquellos largos meses, no sólo en sus compañeros de exilio y aventuras, sino casi en su única familia.

Ahora estaban muertos, e inconscientemente se inclinaba a imaginar que con su brusca desaparición le habían traicionado, puesto que ninguno de ellos parecía haberse detenido a meditar en el hecho de que permitiendo que les asesinaran, le dejaban absolutamente solo al otro lado del océano, consiguiendo así que él, *Cienfuegos*, mísero e ignorante pastor de cabras de la agreste isla de La Gomera, se convirtiera en el único europeo sobreviviente en el «Nuevo Mundo», y en la única persona medianamente civilizada de la orilla oeste del Atlántico.

Sintió miedo. Pese a su cuerpo de Hércules, su altiva presencia y un valor puesto a prueba en incontables ocasiones, resultaba evidente que continuaba siendo apenas un chiquillo, y la inmensa soledad en que le habían dejado caía como una losa sobre su estado de ánimo.

¿Qué hacer y hacia dónde dirigirse?

¿A quién pedir consejo?

La cobriza mujer que amamantaba al niño le observaba con su rostro de piedra y sus inescrutables ojos profundamente oscuros, y aunque nada decía, su actitud daba a entender que la presencia de la diminuta criatura que con tanta desesperación se le aferraba al pecho bastaba por el momento para llenar su vida, y optaba, por tanto, por mantenerse al margen de cuanto pudiera acontecerle a su ex amante. Con salvarle una vez la vida, había cumplido.

Cienfuegos observó al niño. Era su hijo, pero le costaba hacerse a la idea de que aquel ansioso monito arrugado que no hacía otra cosa que llorar y mamar fuese sangre de su sangre, y menos aún aceptaba el hecho de que constituía al propio tiempo la primera semilla germinada de una nueva raza que algún día se extendería por todo un continente.

Y es que a decir verdad, el canario *Cienfuegos* aún no había tomado —y de hecho jamás tomaría— plena conciencia del caprichoso papel que el destino le tenía reservado como testigo de la magna epopeya en que habría de convertirse el descubrimiento y la conquista de aquellas regiones, ni de la evidencia, incontestable ya, de que se había convertido en el padre del primer mestizo del continente que algún día sería llamado América.

Por el momento no era más que un rapazuelo desconcertado que se preguntaba insistentemente cómo era posible que apenas un año antes se dedicara a apacentar cabras en los riscos de su isla natal, y ahora se encontrase abandonado de la mano de Dios y de los hombres tres mil millas más allá del confín del universo.

Siempre se había dicho que en las costas de La Gomera comenzaba «El Océano Tenebroso» y acababa la Tierra, pero he aquí que como por arte de magia un sinfín de dramáticos acontecimientos le habían colocado en un lugar que se encontraba situado en la margen opuesta de ese océano.

—¿Qué debo hacer?

—Marcharte. Si continúas aquí te matarán, y es muy posible que en ese caso mataran también al niño. Es mejor que te vayas.

—¿Vienes conmigo?

—No. Las tribus del interior nos aborrecen, acabarían esclavizándonos, y no debe ser ése el futuro de mi hijo. Mi hermano es un cacique.

—Entiendo —admitió el gomero—. Con que me esclavicen a mí será suficiente. ¿Hacia dónde me aconsejas que me dirija?

—Hacia cualquier lugar, excepto los territorios de Canoabó. Te matarían en el acto.

—¿Domina las montañas?

—Ése es su feudo, lo que le convierte en poderoso e inexpugnable.

—¡Lástima! Las montañas son el lugar donde me desenvuelvo más a gusto, y aún no conozco bien las selvas de la costa. ¡Me siento tan débil!

—Pronto se te pasará el efecto de las drogas. En tres o cuatro días te encontrarás tan fuerte como antes.

—¿Por qué lo hiciste?

—No quería que mi hijo naciese sin padre.

—¿Sólo por eso?

Los negros ojos de la haitiana se clavaron largamente en el demacrado rostro de *Cienfuegos*, pero una vez más a éste le resultó imposible averiguar qué era lo que pasaba por su mente.

Por último, Sinalinga hizo un gesto con la cabeza hacia la criatura que se había quedado dormida con la boca aún pegada a su pezón.

—Algún día los tuyos volverán —dijo—. Entonces necesitare que le protejas.

—Los míos nunca volverán.

—Volverán —insistió ella convencida—. Yo sé que volverán.

Balanceándose suavemente en la ancha hamaca de fibra en la que ya se había acostumbrado a dormir con más comodidad que en cualquier camastro e incluso mejor que en el suelo que siempre había sido su lecho preferido, el pelirrojo comenzó a amodorrarse al tiempo que se preguntaba si en realidad Sinalinga tendría razón, y «los suyos» regresarían algún día a aquella lejana y salvaje «Tierra de las Montañas».

El Almirante don Cristóbal Colón así lo había prometido en el momento de zarpar hacia España, pero el gomero tenía sobradas razones para no confiar demasiado en las promesas del Virrey de las Indias, y desde la aciaga noche del naufragio de la nao capitana su fe en él se había resquebrajado aún más, ya que había tenido tiempo sobrado para reflexionar sobre su extraño comportamiento a todo lo largo del arriesgado viaje.

Para Colón, nada ni nadie que no se encontrase directamente relacionado con la consecución de sus personalísimos objetivos merecía que se le dedicase ni tan sólo un minuto de su precioso tiempo, y jamás daba un paso que no estuviese encaminado a conseguir el último fin que se había marcado, y que no era otro que el de alcanzar la fabulosa corte del Gran Kan por el camino del Oeste.

Que regresase o no a rescatar a los treinta y nueve hombres que había dejado abandonados a su suerte en aquel llamado «Fuerte de La Natividad», dependería tanto de que conviniera a sus intereses, como del apoyo que estuvieran dispuestos a prestarle unos Reyes Católicos que tenían ya demasiados problemas como para pensar en nuevas y arriesgadas aventuras allende los mares.

Y quedaba por último una difícil pregunta que el canario se había planteado a menudo: ¿cómo diablos conseguiría el almirante encontrar nuevamente un lugar perdido en mitad de los océanos?

Para el cabrero, hombre de tierra adentro, analfabeto y casi incapaz de hacerse entender medianamente hasta el

momento en que se le ocurrió la nefasta idea de embarcarse como polizón en la *Santa María*, las artes de la navegación continuaban permaneciendo en el más absoluto misterio, y por mucho que se esforzase en tratar de entenderlo, aún se le antojaba cosa de brujería que una nave marchase en el rumbo deseado cuando los vientos se empeñaban en soplar desde muy distintas direcciones. Con mayor razón, consideraba empeño totalmente inalcanzable encontrar una isla perdida en mitad de los mares por más que en repetidas ocasiones hubiesen tratado de explicarle cómo las estrellas y una mágica aguja magnética marcaban los caminos del agua.

Por mucho que el maestro armero o el *Caragato* pretendieran en su día convencerle de lo contrario, a su modo de ver Colón no sólo no sería capaz de localizar de nuevo la isla de «La Española», sino que, lo más probable, es que ni tan siquiera consiguiese regresar a Sevilla.

Y al fin y al cabo, ¿qué importancia tenía, si aunque volviera tan sólo encontraría ruinas y cadáveres?

Durmió dos días más y al amanecer del tercero descubrió que Sinalinga y el niño habían desaparecido, y su lugar lo ocupaba un gran cesto de fruta coronado por una especie de tosco brazalete de oro que parecía constituir el regalo de despedida de la mujer con la que había compartido largos y difíciles meses de estancia en la isla.

Meditó amargamente sobre el hecho de que resultaba innegable que se había convertido en el ser humano más solo y abandonado del planeta puesto que se encontraba rodeado de una raza enemiga, lejos de todo y en mitad de una naturaleza hostil, y por último, se apoderó de su espada, la daga que le regalara el maestro armero y su larga e inseparable pértiga de afilada punta, para encaminarse decidido hacia lo que quedaba del fortín, pero su entereza se quebró al reconocer entre los putrefactos despojos cubiertos de millones de moscas, el cuerpo de «maese» Benito de Toledo, y los cadáveres de Barbecho, Cándido Bermejo

y el *Caragato* clavados a flechazos al gran palo del patio central.

De la anárquica construcción que con tanto esfuerzo habían alzado aprovechando los restos de la nave naufragada, apenas quedaban en pie más de media docena de postes, y tanto las cabañas de los tripulantes como los almacenes de víveres habían desaparecido de la faz de la tierra como si un gigantesco cíclope las hubiese barrido de un solo manotazo. Sobre la arena de la playa se distinguían las cuaderñas de la chalupa de la *Santa María*, y una pequeña bombardarda con el alma repleta de hojarasca aparecía extrañamente recostada sobre una caída palmera.

El mar estaba en calma, el sol le abrasaba la espalda, y ni un soplo de viento agitaba siquiera las hojas de los árboles, como si la quietud de la muerte se hubiera adueñado del paisaje al igual que se adueñara de los hombres.

Tan sólo se percibía el zumbido de millones de moscas, y en la orilla, lamido por el agua, un cuerpo humano al que le faltaba una pierna servía de pasto a centenares de cangrejos que al rozarse producían un trágico murmullo semejante al de parlanchines comensales que comentasen en voz baja las excelencias del almuerzo que estaban disfrutando.

Tomó asiento sobre una piedra y contempló, acongojado, el desolado lugar que viera la última vez repleto de vida y movimiento, y se preguntó, furioso, qué cara pondría el almirante Colón —si es que alguna vez regresaba cuando se enfrentase al resultado de sus sucias maquinaciones.

—Alguien tendrá que pedirle cuentas por todo esto —se dijo—. Y daría años de vida por estar presente en ese instante. ¡Tantos hombres valientes y tantas ilusiones comidas por las moscas...!

Desde la otra orilla del estrecho riachuelo media docena de nativos le observaban, y aunque su actitud no denotaba hostilidad, el gomero sabía a ciencia cierta que si bien ningún peligro inmediato cabía esperar de ellos, probable-

mente se apresurarían a llevarle al feroz Canoabó la noticia de que había dejado un molesto testigo de las atrocidades cometidas por sus hombres.

Comprendió que no debía permanecer durante mucho tiempo en aquel lugar maldito de los dioses, pero se preguntó una vez más hacia dónde encaminar sus pasos, y cómo dejar constancia a los que quizá volvieran, de que al menos él, el canario *Cienfuegos*, seguía con vida.

¿Pero qué explicación podía ofrecer sobre las auténticas razones de su supervivencia a quienes no conocieran con detalle el cúmulo de confusos acontecimientos que habían ocurrido en el «Fuerte» durante los últimos meses?

¿Cómo hacerle comprender a unos recién llegados que jamás había tenido intención de traicionar a los suyos y había sido una salvaje la que le había drogado para ocultarle más tarde en un agujero de su choza?

Treinta y ocho marinos españoles habían muerto a orillas del mar que dominaban unos feroces caribes que continuamente lo surcaban a la caza de nuevas víctimas con las que satisfacer sus ansias de carne humana, y contra toda lógica, tan sólo él, el estúpido *Guanche* que jamás pretendió descubrir nuevos mundos y era el único que se había embarcado por error en tan peligrosa aventura, había conseguido sobrevivir.

¿Por qué?

El más joven, el más inexperto; aquél por cuya vida nadie hubiera dado un pimiento y al que muchos consideraban en un principio el tonto de a bordo, era, sin embargo, el que ahora se sentaba en una roca del destruido fuerte a contemplar, anonadado, los putrefactos cadáveres de sus compañeros de fatigas.

Le espantó la sola idea de enfrentarse algún día al mismísimo Virrey de las Indias teniendo que relatarle con toda suerte de detalles las terribles luchas internas, las sucias traiciones y las absurdas malquerencias que habían tenido lugar entre aquel mísero puñado de hombres abandonados

a su suerte, o explicarle a unos adustos y apoltronados jueces por qué se mataron entre sí sus compañeros a causa de una mujer, o a causa de una invencible necesidad de gobernar a toda costa sobre quienes resultaba evidente que no querían dejarse gobernar.

Sentado allí, en el centro del desolado patio, sin más compañía que las moscas ni más testigos que los esquivos indígenas que le observaban desde lejos, *Cienfuegos* tomó plena conciencia de que, hiciera lo que hiciera y contara la historia como quiera que la contase, el simple hecho de estar vivo le convertía para siempre en un personaje sospechoso, y dondequiera que fuese le señalarían con el dedo cómo al cobarde canario que escapó de «La Natividad» cuando su obligación era la de estar también gloriosamente muerto.

Luego, al caer la tarde, pareció comprender que resultaba estúpido preocuparse de lo que pudiese nadie pensar el día de mañana, ya que lo más probable era que ni siquiera existiese tal mañana, por lo que una invencible laxitud o más bien una desesperanzada apatía acompañada de una profunda desgana a enfrentarse a la vida se apoderó poco a poco de su ánimo, hasta el punto de que por casi tres horas se le antojó empresa inútil iniciar una vez más la ardua tarea de salvar su maltratado pellejo.

Durante aquel largo y agitado año había tenido que escapar a tantos y tan variados peligros, que a menudo se preguntaba si el destino sería capaz de continuar inventando nuevas formas de acosarle, para llegar con el tiempo a la triste conclusión de que, efectivamente, la desatada y tortuosa imaginación de sus hados maléficos iba siempre mucho más allá de lo que nadie pudiera concebir.

Y ahora esos hados le mantenían otra vez acorralado y sin opción aparente a encaminarse a parte alguna, sentado frente a un tranquilo y verde mar plagado de hambrientos tiburones, y sabiendo que a sus espaldas se abría una impenetrable selva sembrada de peligros.

—¡Mierda! —exclamó.

De nuevo se vio en la obligación de echar mano al recuerdo de Ingrid, aferrándose con desesperación al convencimiento de que algún día conseguirían reunirse definitivamente en Sevilla, y tan sólo la evocación de su hermoso rostro y la irresistible necesidad que sentía de acariciar su cuerpo terso y duro, le impulsó a alzarse al fin de aquella roca dispuesto a intentar salvar la vida aunque únicamente fuese por regresar junto a su amada.

¿Pero qué hacer y hacia dónde dirigirse?

Tan sólo una cosa tenía clara: el sol salía por España.

Durante la interminable travesía a bordo de la *Santa María* ni un solo día había dejado de amanecer por popa, y era por tanto hacia ese amanecer hacia donde debería encaminar sus pasos si es que abrigaba la esperanza de volver a reunirse alguna vez con la rubia alemana.

El único obstáculo lo constituían poco más de tres mil millas de un océano agitado y profundo del que lo ignoraba absolutamente todo.

Fue en ese momento cuando le vino a la mente la pesada embarcación que el viejo *Virutas*, Quico *el mudo* y Cándido Bermejo habían estado construyendo en una escondida cueva del norte de la bahía, y le asaltó de pronto la acuciante necesidad de comprobar qué había sido de ella, por lo que tomó sus armas, atravesó el riachuelo, y se internó en la espesura siguiendo el casi invisible sendero que habría de conducirle en primer lugar al minúsculo cementerio en el que descansaban aquéllos que habían tenido la tremenda desgracia de morir antes de la gran masacre, y la gran suerte de contar con amigos que se ocuparan de enterrarles y colocar sobre sus tumbas una losa de piedra con sus nombres.

Se detuvo unos instantes a dedicarles un último recuerdo, y le hubiera gustado conocer al menos una sencilla oración que rezar por su alma, pero tuvo que limitarse a evocar los ya borrosos rostros de aquel Salvatierra al que matara

una serpiente, del grasiento cocinero al que apuñalaran mientras hacia el amor con una india muy golfa, o del vicegovernador Pedro Gutiérrez, al que acribillaran malamente a flechazos.

Se ocultó luego largo rato entre la espesura para cerciorarse de que ningún nativo le seguía, y descendió por último por el peligroso acantilado hacia la diminuta ensenada junto a la cual se abría la camuflada entrada de la gruta.

El corazón le latía con inusitada violencia al apartar los arbustos que la ocultaban y permaneció luego muy quieto, con la espada firmemente empuñada, tratando de habituarse a la penumbra y atento a dar un salto a la menor señal de peligro.

Al fin distinguió los contornos de la barca ligeramente escorada sobre la banda de babor y algo maltratada por las aguas que al subir de nivel durante la tormenta la habían golpeado sin piedad contra las paredes de roca, pero aparentemente tan sólida como cuando la vio por primera vez meses atrás.

Se aproximó a ella muy despacio y la estudió con sumo cuidado. Tendría poco más de ocho metros de eslora por casi tres de manga y dos de alzada, y pese a que no entendía mucho de embarcaciones abrigó la sensación de que debía ser una nave fiable y marinera con la que la gente experimentada sería muy capaz de realizar difíciles travesías, aunque sin soñar, desde luego, en alcanzar con ella las costas españolas.

Abrió la trampa de popa para echar un vistazo a su interior, y a punto estuvo de soltar un alarido al advertir cómo dos aterrorizados y enfebrecidos ojos le miraban.

—¡Dios del cielo! —exclamó asombrado—. ¡Virutas!

—¡Cienfuegos! —replicó angustiada una voz débil apenas audible—. ¿Eres tú, Cienfuegos?

—¡Lo soy, viejo! ¡Qué alegría encontrarte! Creí que estaban todos muertos...

Le respondió un sollozo y durante largo rato el pobre carpintero no fue capaz de pronunciar ni una sola palabra, limitándose a abrazarse a su cuello cubriéndole de mocos y escondiendo el demacrado rostro en su nuca.

—Yo también lo creía —hipó al fin entrecortadamente—. Un salvaje me hirió en la pierna pero conseguí sacarle las tripas y arrastrarme hasta aquí confiando en que alguien más viniera. Pero ha pasado tanto tiempo que empezaba a desesperar... ¿Estás solo?

El gomero asintió con un triste ademán de la cabeza:

—Me temo que sí, viejo. Y a poco más no vengo. —Le ayudó a salir de su escondite, tumbándole sobre la inclinada cubierta—. ¿Cómo va esa pierna?

—Mejor, aunque sospecho que jamás volveré a caminar decentemente. —Señaló hacia el exterior—. ¿Qué ocurrió ahí fuera? —quiso saber.

—No estoy seguro. Sinalinga me dio algo que me hizo dormir tres días y cuando desperté ya todo había pasado. —Le miró con fijeza a los ojos—. ¿Tú me crees verdad?

El anciano le apretó con fuerza la mano en un gesto de confianza y amistad.

—¡Naturalmente, *Guanche!* Te conozco y me consta que eres un tipo leal con dos cojones. Recuerda que te elegí para venir con nosotros. —Sonrió tristemente—. Y siempre imaginé que tu india haría cualquier cosa por salvarte.

—Ha tenido un niño. —El tono de voz del pelirrojo denotaba amargura—. Pero se lo ha llevado.

—No debes culparla. Su hijo será siempre lo primero, y dada la situación no creo que nadie apueste por tu cabeza... Ni por la mía.

—Aún estamos vivos. Y ahora somos dos. —El canario tomó asiento sobre la borda de la embarcación como si súbitamente las piernas le fallaran—. ¡Dios! —exclamó—. No puedes darte una idea de cuánta alegría me da verte... ¡Me sentía tan solo!

—¡Pues imagínate a mí, aquí, herido y hambriento!

Te juro que he rezado más durante estos días que en mis sesenta años anteriores. —Le miró con fijeza—. ¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió angustiado.

—No tengo ni la menor idea.

—¿Siguen ahí fuera?

—¿Quién? ¿Los guerreros de Canoabó? No. Sólo quedan los hombres de Guacaraní, pero ya no me fío de ellos.

—Nos traicionaron.

—En realidad nos traicionamos nosotros mismos. Si hubiéramos sido capaces de mantenernos unidos y aprender a respetarles, nada de esto hubiera ocurrido.

—Ya es tarde para lamentaciones —señaló el viejo amargamente—. Ahora lo que importa es alejarse cuanto antes, aunque no creo que llegue muy lejos con esta pata renca.

—¿Sabes navegar?

—He pasado cuarenta años de mi vida en el mar y se cómo manejar un barco, pero no tengo ni puñetera idea de cómo hacerlo llegar a un lugar determinado. —Golpeó con el puño la cubierta—. Y no hay modo de arrastrar hasta el agua esta barca. La construí a conciencia e incluso seis hombres fuertes se romperían la espalda tratando de moverla.

—Alguna forma habrá —señaló el cabrero.

—No, que yo conozca —replicó el otro—. Y tengo hambre.

Le entregó un coco y unos mangos que llevaba en la bolsa, y mientras el anciano los devoraba con ansia se entretuvo en inspeccionar la embarcación buscando una fórmula que le permitiera colocarla sobre las quietas aguas que lamían las rocas a no más de treinta metros de distancia, pero al fin se vio en la obligación de reconocer que el viejo *Virutas* tenía razón y que serían necesarios como mínimo seis hombres para poner a flote en mitad de la bahía aquel tosco armatoste.